

ron por las salas y las vitrinas que contenían obras tan bellas como valiosas con la misma admiración y respeto con que los soviéticos desfilaron frente a las diversas exposiciones que Gamboa llevó, triunfante, a la Unión Soviética.

Al fin, fuera del Kremlin, después de la agitada confrontación, respiré con tranquilidad, pensando que si Gamboa no hubiera encontrado esa solución magistral, podríamos haber sido fusilados en la Plaza Roja de Moscú.

La experiencia en el museo, “revisitada”

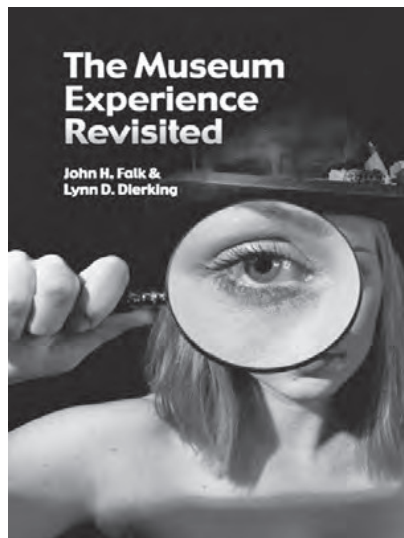
Manuel Gándara*

La primera edición de *The Museum Experience*, de J. H. Falk y L. D. Dierking (Washington, D.C., Whalesback Books, 1992), constituyó una de las primeras miradas sistemáticas al museo desde la perspectiva de los visitantes y ha sido, sin duda, la de mayor influencia. El libro cuestionaba dos supuestos muy caros a algunos museógrafos y curadores: el primero, que la forma física de la exhibición y la calidad de sus contenidos determinan la experiencia de visita; el segundo, que se pueden diseñar exposiciones exitosas sin tomar en cuenta al público. Años de estudios de visitantes los hacían concluir que la experiencia de visita no sólo resulta de lo que llamaron “el contexto físico” –la colección, la museografía, el continente–, sino también de su interacción con otros dos: el personal y el social.

El personal involucra la “agenda” del visitante cuando decide ir a una exposición, sus expectativas y deseos, así como su familiaridad con los museos. El social tiene que ver con la estructura de la propia visita: con otros adultos, con

* Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, INAH

niños o personas de la tercera edad, en pareja, en otro tipo de grupo o en solitario. La interacción de estos tres contextos determina la experiencia, y ésta se inicia en realidad antes de entrar a la exhibición y continúa aún luego de salir de ella: incluye lo que los visitantes se llevan consigo en los ámbitos cognitivo, emocional e incluso físico –vía la *memorabilia*– de su visita.



Más que una revisión, esta segunda edición, titulada *The Museum Experience Revisited* (Walnut Creek, Left Coast Press, 2013), prácticamente constituye un libro nuevo: incorpora los descubrimientos de sus autores sobre el aprendizaje en contextos no formales, típicamente de esparcimiento –*free-choice learning*–; mantiene del primero la convicción de que es indispensable hacer de los visitantes el centro de nuestra atención y la razón de ser de nuestro trabajo; profundiza en la “mirada del visitante”, al ver al museo como una *Gestalt*, que es como lo experimenta el visitante, y no como una agregación de funciones separadas, donde no sólo importa la museografía, sino también la amabilidad del personal, lo adecuado de los servicios e incluso la facilidad para orientarse, entre otros factores: es decir, el museo *en su totalidad*.

Entre lo nuevo destaca el refinamiento de los conceptos de “contexto personal” y “contexto social” para incluir otra investigación de J. H. Falk y L. D. Dierking (*Identity and the Museum Visitor Experience*, Left Coast Press, 2009) sobre “la lente” desde la que los visitantes ven el museo: las “motivaciones relacionadas con la identidad”.

A diferencia de las “tipologías” esencialistas que caricaturizan a los visitantes con conductas fijas, propone que un mismo visitante puede tener experiencias diferentes de acuerdo con la identidad que asuma en esa ocasión: puede adoptar la de “facilitador” del aprendizaje y el disfrute de otros –por ejemplo, sus hijos–, mientras que otras veces va porque el contenido le resulta relevante como “profesional”, por algún pasatiempo importante para él; porque, a modo de “peregrino”, quiere reverenciar lo que se exhibe; o, como “explorador”, busca sorprenderse en torno a algo que desconoce; o bien aspira a “reafirmar su afinidad” –étnica o de otro tipo–; o acude para “recargarse” en los aspectos emocional o espiritual, vía la contemplación; o simplemente va como “buscador de experiencias”, para poder decir “yo estuve ahí”.

La visita se realizará según la identidad asumida cada vez. Y esto ocurre vía un bagaje sociocultural que ahora es parte del contexto social: desde la clase socioeconómica hasta la actitud de la familia sobre los museos.

Los autores están convencidos de que si el museo pretende ser relevante hoy –y a futuro–, entonces su papel educativo se debe reivindicar y replantear, pero no como una experiencia escolar, sino precisamente como un aprendizaje automotivado.

Un cambio fundamental –anticipado en J. Falk y Dierking, *Lessons Without Limit: How Free-Choice Learning is Transforming Education* (AltaMira Press, 2002)– es la idea de que el aprendi-

zaje no implica un evento con límites finitos, sino un proceso. Pretender evaluarlo con un simple cuestionario a la salida de la exhibición ignora la compleja sinergia que se da entre la experiencia de visita y otras experiencias en la vida del visitante.

El museo puede disparar aprendizajes que quizá se materialicen tiempo después, en conjunción con otras experiencias, los cuales pueden perdurar por años, mientras que la retención de datos es fugaz, lo cual lleva a los autores a explorar el aprendizaje de larga duración mediante estudios longitudinales.

Es imposible hacer justicia en poco espacio a la que ha sido una de las lecturas más estimulantes del año, pero garantizo al lector que el tiempo que invierta en este libro pagará con creces su esfuerzo.

Dialogando con el público, difundiendo una cultura: Mayas. Revelación de un tiempo sin fin

Alejandra Barajas*

La política de exposiciones nacionales e internacionales del Instituto Nacional de Antropología e Historia se centra en distintos objetivos. Para fines de esta reseña, destacan el fomento del diálogo con el público y la difusión de la cultura, ejes rectores cuando se trata de la creación y presentación de un proyecto expositivo. A principios de este sexenio, el INAH comenzó a trabajar en un proyecto curatorial sobre la cultura maya, elegida para abrir el ciclo de exposiciones temporales de la presente adminis-

* Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones, INAH

tración, organizadas por el Conaculta y el INAH. La finalidad era exhibir una muestra que presentara la cosmovisión e ideología de una civilización avanzada y mítica a la vez, así como la cotidianidad y vida comunitaria de los distintos grupos que habitaron en la que hoy conocemos como el área maya.

La curaduría quedó a cargo de la doctora Mercedes de la Garza, profesora emérita de la UNAM y directora del Museo Nacional de Antropología entre 1997 y el año 2000. Un grupo de investigadores –entre ellos arqueólogos y epigrafistas– se sumaron al proyecto, con lo que se enriquecieron los distintos planteamientos presentados a lo largo del recorrido curatorial. Se iniciaron entonces las visitas a zonas arqueológicas, museos nacionales, regionales y de sitio para hacer la selección del acervo que se distribuiría en los casi dos mil metros cuadrados de exposición. La ru-



Mayas. Revelación de un tiempo sin fin, Galería del Palacio Nacional, 2014 Fotografía © Gliserio Castañeda